

**Ngũgĩ wa Thiong'o.** Nació en 1938 en la pequeña aldea de Kamiriithu, cerca de Limuru y fue bautizado con el nombre de James Ngũgĩ. Sus años de estudiante a fines de la década de los cincuenta coinciden con la cruenta rebelión mau mau –cuyos líderes pertenecían a la etnia kikuyu, de la que el mismo Ngũgĩ es originario– que desembocaría en la independencia de Kenia en 1963. A pesar de que fue educado en el sistema británico y de que estudió la carrera de literatura inglesa en el Makerere University College, en Kampala, Uganda, Ngũgĩ ha sido uno de los más arduos defensores de los procesos de descolonización cultural en África. Sus primeras novelas, *Weep not, Child* (1964), *The River Between* (1964), *A Grain of Wheat* (1967) y *Petals of Blood* (1977) fueron escritas en inglés y exploran la problemática situación política y social de Kenia, antes y después de la independencia. Escritor radicalmente comprometido con los movimientos populares y crítico de los gobiernos dictatoriales africanos, Ngũgĩ pasó un año en prisión por poner en escena una obra en lengua kikuyu. Desde 1982 vive en el exilio y, a partir de 1986, ha escrito todas sus obras en su lengua materna, incluyendo sus últimas novelas, *Matigari* (1987) y *Mirogi was Kagogo* (*Wizard of the Crow*, 2004).

Todos decían de ellos: qué linda familia. Él, el exitoso comerciante en maderas; ella, la esposa obediente que cumplía sus obligaciones con Dios, esposo y familia. Wariuki y su esposa Miriamu eran el más claro ejemplo de lo que podía lograr la cooperación entre marido y mujer unidos en amor y devoción: él, alto, correcto, incluso un poco tieso, pero rico; ella, pequeña, callada, recatada, una sombra que menguaba al lado del gigante de su marido.

Él la había desposado cuando no tenía ni un céntimo partido por la mitad, ni siquiera para los peores días, pues en esos tiempos sólo ordeñaba vacas en una granja de colonos y ganaba treinta chelines al mes: una fortuna entonces, es verdad, pero para los primeros días del siguiente mes ya se la había bebido casi por completo. Era joven, nada le importaba y los sueños de poder y de posesiones materiales poco le inquietaban. Solía, por supuesto, participar con los otros trabajadores en las protestas y demandas colectivas e incluso les escribía cartas; había sido despedido de una o dos granjas por subversivo y peligroso. Pero su corazón se encontraba en otra parte, en sus deportes y exhibiciones favoritos. Solía montar orgulloso su bicicleta Raleigh, silbando trozos de me-

lodías de viejos discos que le venían a la memoria, imitando el falsete de Jim Rogers y, de vez en cuando, exhibiendo sus habilidades sobre la máquina ante un público entusiasta en el municipio de Molo. Se alzaba sobre la bicicleta, balanceándose con la pierna izquierda y los brazos estirados a punto de volar o bien simplemente pedaleaba hacia atrás para deleite de muchos niños. Era un artefacto viejo, pero decorado en tonos chillantes de rojo, verde y azul, con varios faros y reflectores hechos en casa por Wariuki y con una advertencia garabateada en un letrero que colgaba del asiento trasero: Rebásame, adelante está el panteón. De ser un mago en la bicicleta, pasaba a actuar otros papeles. Vemos ahora al actor que remeda a sus jefes blancos, parodiando su forma de hablar y caminar, así como las poses y actitudes adoptadas frente a los trabajadores negros. Ni siquiera se salvaban los africanos que procuraban los favores de los blancos. Alternaba su actuación con el baile, pues también era un buen bailarín, y sus pasos *mwomboko*, con el pantalón de la pierna izquierda rasgado a propósito por la costura hasta unos centímetros arriba de la rodilla, siempre atraían miradas y suspiros de aprobación por parte de las muchachas en la multitud.

Así fue como atrapó por primera vez el corazón de Miriamu.

Cada domingo en la tarde ella aprovechaba cualquier oportunidad para ir a la zona comercial, donde se acercaba ansiosa al montón de admiradores. El corazón le daba brincos con las hazañas y escapes milagrosos de Wariuki o simplemente latía al ritmo de sus caderas cadenciosas. La familia de Miriamu era infinitamente más acomodada que la mayoría de los paracaidistas del Valle del Rift. Su padre, Douglas Jones, era dueño de varias tiendas de abarrotes y salones de té en la ciudad. Pareja devota eran él y su esposa: asistían a misa los domingos, rezaban al levantarse, al acostarse y, por supuesto, antes de cada comida. Eran bien vistos por los granjeros

blancos; el superintendente del distrito solía pasar a saludarlos. El suyo era, entonces, un buen hogar cristiano y por tanto se opusieron a que su hija emparentara con el pecado, la miseria y la pobreza: ¿qué le veía ella a ese murebi, a ese *murebi bii-u*? Le ordenaron que no presenciara esas paganas escenas dominicales de ocio e idolatría. Pero Miriamu tenía un espíritu independiente, aunque desde su niñez éste había sido aleccionado en la inactividad por los sermones dominicales —obedecerás a tu padre y a tu madre y a aquellos que nos gobiernan— y por una educación apropiada, con reglas sacadas del clásico del Reverendo Clive Schomberg: *Modales británicos para africanos*. Ahora Wariuki, con su bicicleta Raleigh, sus tonadas de lechero, sus pantalones abombados y ese baile que liberaba el cuerpo, era la luz que la alejaba del mundo estéril de Douglas Jones para llevarla a una ciudad de neón en un horizonte lejano. Una parte de ella desconfiaba del pesado brillo, sentía incluso un poco de repugnancia por la mugre de Wariuki y sus pantalones parchados, pero lo siguió y se sorprendió de su propia determinación. Douglas Jones se ablandó un poco: amaba a su hija y sólo quería lo mejor para ella. No quería que se casara con uno de esos advenedizos inútiles y con poca educación que perturbaban la vida ordenada, la paz y la prosperidad de las granjas europeas. Esos hombres, como le comentaba con frecuencia el *bwana* superintendente, sólo acababan en la cárcel: los motivaba la avaricia y querían engañar a los trabajadores iletrados e ingenuos acerca de los males de los colonos y los misioneros blancos. Wariuki parecía peligroso en todos los sentidos.

Mandó llamar a Wariuki, “nuestro yerno en cierne”. Quería valorar el verdadero peso en oro y plata del joven. Y Wariuki, con las rodillas algo temblorosas, pues como la mayoría de los trabajadores sentía temor y asombro por los hombres de esa clase cristiana y acaudalada, remendó cuidadosamente el lado izquierdo de su pantalón, se peinó y

cepilló el cabello y acudió a la cita. Lo hicieron esperar en la puerta, sin ofrecerle una silla, y lo revisaron de arriba a abajo. En su perplejidad, Wariuki buscaba la salvación alternando la mirada entre Miriamu y la pared. Y luego, cuando por fin le dieron una silla, no se atrevió a mirar a los padres y a los dignatarios invitados a juzgarlo, sino que fijó los ojos en la pared. Pero percibía su escrutinio desnudo y su condena. Douglas Jones, sin embargo, era un modelo de benevolencia cristiana: sírvanle té a nuestro... hmm... nuestro hijo... bueno... a este joven. ¿Ocupación? ¿Ordeñas vacas? Ahh, bueno, bueno... nadie nace en la riqueza, la riqueza se encuentra en los brazos, ¿sabes?, y tú... eres tan joven... ¿Salario? ¿Treinta chelines al mes? Bueno, bueno, otros habían escalado desde peores y más hondos abismos: la verdadera riqueza provenía del Señor en las alturas, ¿no es así? Y Wariuki se sintió verdaderamente agradecido por esas palabras e incluso se atrevió a levantar la vista y sonreír al viejo Douglas Jones. Lo que vio en esos ojos lo hizo regresar rápidamente la mirada a la pared para esperar que lo ejecutaran. La forma en que lo ejecutaron no fue brusca, pero el frío acero penetró con limpieza y profundidad. ¿Por qué quería Wariuki casarse si era tan joven? Bueno, bueno, como quieras... la juventud de hoy... tan diferente de la de nuestros tiempos. Y ¿quiénes “somos nosotros” para decirte lo que tienes que hacer? No nos oponemos a la boda, pero como cristianos tenemos una responsabilidad. Lo digo de nuevo: no nos oponemos a esta unión. Pero se debe llevar a cabo ante la cruz. Una boda religiosa, Wariuki, cuesta caro. Mantener a una esposa también cuesta dinero. ¿O no? ¿Estás de acuerdo? Qué bien. Es bueno encontrar a un joven sensato en estos días. Todo lo que quiero ahora, y esa es la razón por la que invité a mis amigos para que me dieran consejo, es ver tu cuenta de ahorros. ¿Jovencito, puedes mostrarle a los jefes tu libreta de la caja postal de ahorros?

Wariuki se sintió abatido. Ahora observaba los ojos perplejos de los jercas presentes. Luego, fijó la mirada en la madre de Miriamu, como pidiendo auxilio. Sólo que no la veía. Lejos de las tetillas y las ricas ubres de las vacas, lejos de su bicicleta y la multitud de ricos admiradores, lejos de la seguridad anónima de los bares y los salones de té, no sabía cómo comportarse. Era un animal perseguido, ahora acorralado, y los cazadores, jadeando expectantes, disfrutaban cada momento de la caza. Con un zumbido en la cabeza y la visión borrosa, escuchaba la voz todavía benevolente de Douglas Jones que daba una perorata acerca de no hipotecar a su hija a una vida de brega y miseria. Desesperado, Wariuki dirigió la mirada a la puerta y al espacio abierto.

Por fin escapó y respiró aliviado. Estaba un poco tembloroso, pero contento de encontrarse en un mundo familiar, su propio mundo. Pero ahora lo veía de forma un poco diferente, casi como si hubiera recibido una herida y no pudiera ya disfrutar de lo que veía. Miriamu lo siguió: por un momento él sintió una victoria pasajera sobre Douglas Jones. Se escaparon y él consiguió trabajo en la Compañía Maderera Ciana en el bosque Ilmorog. Los dos vivían en un cuartucho adonde él escapaba de las injurias diarias de sus empleadores indios. Wariuki aprendió a tolerar los insultos. Cantaba con el movimiento de la sierra: arrodillado bajo el tronco, con el otro hombre arriba, inventaba palabras y cuentos sobre el tronco y el bosque, y a veces acababa en un tono trágico cuando llegaba al matrimonio fatal entre la sierra y el bosque. Esto aligeraba de algún modo su corazón, de suerte que no le importaba el serrín producido por la sierra. Cuando le tocaba pararse arriba del tronco sentía un poder avieso al atravesarlo con la sierra, al tiempo que cauteloso caminaba hacia atrás paso a paso, y cantaba sobre Demi na Mathathi quien, hacía mucho tiempo, había cortado bosques y selvas más densos que Ilmorog.

Y Miriamu, la que había sido hija de Douglas Jones, al escuchar la voz que se alzaba por encima del viento susurrante o estrepitoso, sentía latir su corazón. Esto, esto, Dios mío, era tan diferente de los himnos pesarosos de la residencia de su padre, tan, tan diferente, y se sentía bien por dentro. Los sábados y domingos Wariuki la llevaba a los bailes del bosque y, al regresar de cantar y bailar, buscaban un lugar adecuado en el pasto y hacían el amor. Para Miriamu, ésas fueron noches de felicidad y prodigio, con las hojas espinosas de los pinos picándole las nalgas, dolorosa pero plazeramente, incluso mientras gemía abajo de él, pidiendo ayuda a su madre y a sus hermanas imaginarias cuando él la penetraba.

Y Wariuki también era feliz. Siempre le había parecido un milagro que él, un muchacho callejero y huérfano de padre (que había muerto mientras llevaba armas y alimentos a los ingleses en sus expediciones contra los alemanes en Tanganica en la primera guerra mundial europea), hubiera conseguido el afecto de una muchacha de esa clase. Pero nunca volvió a ser el viejo Wariuki. Con frecuencia hacía un recuento de su vida, desde su trabajo recogiendo flores de piretro para otros bajo el sol candente o los vientos helados en Limuru, hasta su empleo reciente como ordeñador de vacas en Molo: sus recuerdos terminaban abruptamente en esa entrevista con Douglas Jones y sus consejeros. Nunca olvidaría esa reunión: nunca iba a olvidar la risa entrecortada y ronca con la que Douglas Jones y sus amigos trataron de disminuir su hombría y valor frente a Miriamu y su madre.

Nunca. Ya les demostraría. Ya se reiría en su cara.

Pero pronto una nota de inquietud invadió su canto: la amargura de una esperanza y una promesa no cumplidas. Su voz se tornó áspera como el sonido producido por los dientes de la sierra y cercenaba el aire con mezquindad. Renunció a su empleo con la Maderera Ciana y se llevó a Miriamu hasta Limuru. La dejó con su madre anciana y desapareció de sus

vidas. Oyeron que estuvo en Nairobi, Mombasa, Nakuru, Kisumu e incluso Kampala. Les llegaron rumores: que estaba en la cárcel, incluso que se había casado con una muchacha muganda. Miriamu esperó: recordaba los momentos de doloroso placer en los bosques, los helechos y el pasto de Ilmorog y soportó la cama vacía y el frío penetrante de Limuru durante junio y julio. Sus padres la habían desconocido y, de cualquier modo, ella no habría querido regresar. La semilla que él había plantado en su interior la reconfortaba. Con el tiempo, llegó el niño y esto, junto con la sencilla amistad de su suegra, le dio consuelo. Llegaron más rumores: los hombres blancos estaban recolectando armas para una guerra entre ellos, y los negros, hijos de la tierra, estaban siendo reclutados para colaborar en la matanza. ¿Podría ser esto cierto? Entonces Wariuki regresó de sus viajes y ella percibió un cambio en su hombre. Ahora hablaba poco. ¿Dónde habían quedado las viejas melodías que cantaba y silbaba? Se quedó una semana. Luego le dijo: me voy a la guerra. Miriamu no podía comprender: ¿por qué este cambio?, ¿por qué esta ansia de vagar? Pero esperó y trabajó la tierra.

Wariuki tenía una sola obsesión: borrar el recuerdo de esa entrevista, enterrar el fantasma de esos ojos desdeñosos. Peleó en Egipto, Palestina, Birmania y Madagascar. No pensaba mucho en la guerra, no cuestionaba lo que significaba para los negros, sólo quería que terminara rápido para que él pudiera reanudar su búsqueda. Vaya, si hasta podía regresar a casa con un pequeño botín de guerra que le diera esa oportunidad de empezar en la vida que había buscado, infructuosamente, en varias ciudades de la Kenia colonial. Incluso podría tener un empleo lucrativo: los ingleses les habían prometido trabajo y recompensas en efectivo una vez que los malvados alemanes fueran derrotados. Después de la guerra regresó a Limuru, algo demacrado físicamente, pero con la determinación fortalecida.

Durante unas semanas después de su retorno, Miriamu detectó un destello de los viejos fuegos y lo mantuvo a su lado. Él hizo algunas bromas sobre la guerra y entonó canciones de soldados a su hijo. Le hizo el amor a su mujer y otra semilla quedó plantada. De nuevo intentó conseguir empleo. Oyó de una huelga de trabajadores en una fábrica de zapatos en Limuru. Todos los trabajadores fueron despedidos sumariamente. Wariuki y otros atestaron las rejas para ofrecer su sudor a cambio de plata. Los huelguistas trataron de impedir la entrada de los nuevos operarios, a quienes acusaban de ser esquiroles, pero se mandó llamar a policías con cascos, quienes a porrazos alejaron a los viejos trabajadores del recinto cercado y escoltaron a los nuevos al interior de la fábrica. Pero Wariuki no estaba entre ellos. ¿Había nacido con mala suerte? Salió de nuevo a las calles de Nairobi para unirse a la multitud de desempleados que acababan de regresar de la guerra. No había empleos ni recompensas en efectivo: los “buenos” ingleses y los “malvados” alemanes se estrechaban las manos y sonreían. Pero no lo inquietaban las preguntas acerca de por qué no había trabajos para los negros; cuando los jóvenes se reunieron en Pumwani, Kariokor, Shuri Moyo y otros lugares para hacer estas preguntas, él no participó: le recordaban sus viejas relaciones y su coqueteo con los trabajadores de las granjas antes de la guerra... aquellos esfuerzos no habían llegado a nada... incluso éstos fracasarían... en todo caso, se sentía avergonzado de ese pasado... pensaba que si hubiera sido menos haragán y más emprendedor nunca lo habrían humillado tanto frente a Miriamu y su madre. Las conversaciones de los jóvenes acerca de las manifestaciones, peticiones y pistolas, su plática de cómo sacar del país a los blancos a balazos, le parecían demasiado alejadas de su ambición y sus ideales. Tenía que marcharse por su cuenta a la tierra del dinero. Al llegar, iría a confrontar al viejo Douglas Jones para presumirle, con desdén y en su propia cara, su éxi-

to. Con los años, los recuerdos de esa humillación a manos de los ricos se volvieron tan agudos y frescos que con frecuencia el dolor le quitaba el sueño noches enteras. No consideraba que los blancos y los indios fueran los verdaderos dueños de las propiedades, el comercio y la tierra. Sólo veía la imagen de Douglas Jones en su traje de lana gris, con su chaleco, su sombrero y su sombrilla cerrada que le servía de bastón. ¿Cuál era el secreto del éxito de ese hombre? ¿Cuál? ¿Cuál? Tuvo trabajos esporádicos aquí y allá: incluso probó suerte como vendedor ambulante en Bahati. Compraba lápices y pañuelos en el Bazar Hindú y los vendía a un precio de menudeo que le garantizaba un poco de ganancia. ¿Era ésta su verdadera vocación?

Pero antes de que pudiera encontrar una respuesta a su pregunta, estalló la guerra *mau mau* de liberación nacional. Muchos trabajadores —empleados y desempleados— fueron capturados en las calles de Nairobi y transportados a campos de concentración. De alguna forma, escapó a las redadas y volvió de nuevo a Limuru. Estaba enojado. No con los blancos, ni con los indios, a quienes consideraba rasgos permanentes del paisaje, como las montañas y los valles, sino con su propia gente. ¿Por qué habrían de perturbar la paz? ¿Por qué habrían de perturbar la estabilidad justo cuando él había empezado a reunir unos cuantos centavos de sus negocios? Ahora creía, aunque sin mucha convicción, las mentiras contadas por los ingleses sobre la prosperidad inminente y las crecientes oportunidades para los negros. Durante casi un año se mantuvo alejado de la agitación que lo rodeaba: su único compromiso era la pasión que lo consumía. Luego, se dejó llevar a las manos del régimen colonial y cooperó. Así eludió los campos de concentración y el bosque. Pronto, haber elegido bando comenzó a dar frutos y la perspectiva de la cosecha lo entusiasmó. Mientras que las parcelas de los demás eran confiscadas por los colonialistas, la suya, aunque pequeña,

quedó intacta. De hecho, durante el proceso de consolidación de la tierra, impuesto sobre las mujeres y los viejos mientras que los maridos e hijos se pudrían detenidos o resistían en el bosque, él, junto con otros colaboradores activos, obtenía terrenos adicionales. Wariuki no era un hombre cruel, sólo quería que terminara esta pesadilla para poder seguir con su negocio. Pues incluso en plena batalla, la imagen de D. Jones nunca lo abandonó realmente: la humillación le dolía y él la aliviaba como se alivia el dolor de muelas con la lengua. Sentía que tarde o temprano iba a encarar esa imagen.

Jomo Kenyatta regresó de Maralal. Wariuki estaba un poco temeroso y se sintió desanimado: ¿qué le pasaría a los de su calaña durante la reunión de los valientes para celebrar la victoria? ¡Ay!, ¿dónde estaban los blancos a quienes había considerado como rasgos permanentes del paisaje? Sin embargo, al acercarse la independencia, Wariuki recibió su primera recompensa verdadera: los colonialistas en retirada le hicieron un préstamo con el que compró una sierra motorizada y estableció una compañía maderera.

Durante un tiempo después de la Independencia, con la llegada de los hijos de la tierra que regresaban de los campos de reclusión y del bosque, Wariuki temió por su vida y por sus negocios; esperaba una retribución, pero todos estaban cansados y después de terminar victoriosos una lucha justa en su corazón ya no cabía la venganza. Así que Wariuki prosperó sin ser molestado: llevaba, después de todo, una ventaja considerable sobre aquellos que habían peleado verdaderamente por Uhuru.

En gratitud se unió a la Iglesia: el Señor le había perdonado la vida. Arrastró a Miriamu y juntos se tornaron devotos ejemplares.

Pero Miriamu rezaba oraciones diferentes; quería que regresara su marido. Sus dos hijos se abrían camino en la Escuela Secundaria Siriana. Por esto agradecía al Señor. Pero

todavía quería que regresara el verdadero Wariuki. Durante la Emergencia, a menudo le había advertido que no fuera excesivamente cruel. Le dolía percibir que Wariuki había dejado de cantar, bailar y reír con facilidad. Su mirada era dura y fija, y esto la asustaba.

Ahora en la iglesia él había empezado a cantar de nuevo. No las melodías que alguna vez habían atrapado el alma de Miriamu, sino los himnos pesarosos que ella conocía tan bien: qué dulce suena el nombre de Jesús a los oídos de un creyente. Wariuki se transformó en un pilar del coro de la iglesia. A menudo tocaba el tambor que, después de la Independencia, había sido introducido en la iglesia como una concesión a la cultura africana. Asistía a clases de bautismo, y grande fue el día cuando abandonó el nombre de Wariuki y se convirtió en Dodge W. Livingstone Jr. A partir de ese momento, se sentó en el banco de la primera fila. Conforme mejoró su negocio, se abrió camino hasta llegar al pasillo sagrado y convertirse en nuevo jerarca religioso.

Otras cosas se iluminaron. Sus suegros todavía vivían en Molo, aunque su fortuna había declinado. Aún no lo habían perdonado. Pero con su eminencia, enviaron mensajes para sondear la situación: ¿podría su hija hacerles una visita? Miriamu no quería ni oír de ello. Pero Dodge W. Livingstone se enfureció: ¿dónde había quedado su clemencia cristiana? Insistió. Ella cedió. Él estaba feliz. Pero ese gesto, por sí solo, no podía borrar el recuerdo de su humillación. Su venganza todavía estaba por llegar.

Aunque su centro de operaciones estaba en Limuru, viajaba a varias regiones del país; así obtuvo información sobre su negocio. Era el año del éxodo asiático. Los dueños de la Compañía Maderera Ciana no eran ciudadanos kenianos. Se les retiraría la licencia. De inmediato le ofrecieron a Livingstone convertirse en socio con una participación del cincuenta

por ciento. Alabado sea el Señor y en alto esté su nombre. Verdaderamente, Dios nunca comió *ugali*. En menos de un año, Wariuki había acumulado lo suficiente para tener derecho a un préstamo para comprar una de las enormes granjas en Limuru que habían pertenecido a los blancos. Ahora era un gran comerciante maderero: lo hicieron jerarca de alto rango de la iglesia.

Miriamu todavía esperaba a su Wariuki en vano. Pero siguió siendo una esposa modelo. La gente alababa su docilidad femenina y cristiana. Era devota a su manera y le rogaba a Dios para que la rescatara de los sueños del pasado. Nunca se dio ínfulas. Incluso se rehusó a usar zapatos. Cada mañana se levantaba temprano, tomaba su *kiondo* y se dirigía a la granja donde trabajaba en la plantación de té al lado de los trabajadores. Y nunca olvidó su vieja parcela en la Vieja Reserva. Algunas veces preparaba el almuerzo y el té para los trabajadores, lo que enfurecía a su marido: ¿por qué, ay, por qué quería humillarlo así delante de esta gente? ¿Por qué no podía comportarse como una dama cristiana? Después de todo, ¿no provenía de un hogar cristiano? ¿Necesitaba ensuciarse las manos ahora, le preguntaba él, y además con los jornaleros? Con respecto a la ropa, ella cedió: se puso zapatos y un sombrero blanco, especialmente para ir a la iglesia. Sin embargo, llevaba el trabajo en el alma y a eso no iba a renunciar. Disfrutaba el contacto con el suelo: disfrutaba la conversación libre y abierta con los trabajadores.

La estimaban, aunque le tenían resentimiento a su marido. Livingstone consideraba que eran una bola de flojos: ¿por qué no trabajaban tan duro como él lo había hecho? ¿La esposa de algún empleador le había traído alguna vez de comer en un *shamba*? Miriamu los estaba mal acostumbando y se lo hizo saber. De vez en cuando, observaba la hosquedad de sus rostros y recordaba entonces los días de la Emergencia o incluso antes, cuando recibía insultos de los empleadores

de Ciana. Pero, poco a poco, había aprendido a acallar esos momentos perturbadores rezando con devoción. Percibía su odio silencioso, aunque creía que era la envidia natural de los pobres e indolentes hacia los ricos.

Sus rostros se iluminaban sólo en presencia de Miriamu. Bajaban la guardia y bromeaban, reían y cantaban. Gradualmente la dejaron entrar en sus vidas. Eran miembros de una secta secreta que creía que Cristo sufrió y murió por los pobres. La llamaban *La religión de las penas*. Cuando su marido salía de viaje de negocios, ella asistía a algunos de los servicios. Formaban una extraña banda de hombres y mujeres: cantaban canciones que ellos mismos habían compuesto y usaban tambores, guitarras, cascabeles y panderos, con los cuales producían un ritmo poderoso y palpitante que la hacía querer bailar de felicidad. Sí, bailaban por todos lados, agitando los brazos en el aire, con el rostro irradiando cordialidad y confianza, hasta que alcanzaban un estado de trance y de percepción exaltada. Luego hablaban en lenguas bellas y extrañas. Parecían compartir una misma tarea y una misma fe: esto era lo que más impresionaba a Miriamu. Algo se movía en su interior, un poderoso revoloteo de alas otrora adormecidas, y regresaba a casa estremeciéndose expectante. Así esperaba a su marido y se sentía convencida de que podrían rescatar, juntos, algo de un pasado destrozado. Pero cuando él retornaba de sus viajes, seguía siendo Dodge W. Livingstone Jr., jerarca de alto rango y próspero granjero y maderero. Una vez más, ella se convertía en la esposa modelo que escuchaba a su marido mientras le hablaba de los negocios y de las cuentas del día: cuántos contratos había firmado, cuánto dinero había ganado y perdido, y las perspectivas de mañana. Los domingos, marido y mujer asistían a misa como de costumbre: los mismos himnos sin gozo, las mismas oraciones obligatorias, las mismas visitas regulares a hermanos y hermanas en Cristo, los inevitables tés sociales y

subastas de beneficencia de los que Livingstone era un notorio colaborador. Qué linda familia, decían todos con admiración y respeto: él, el exitoso granjero y comerciante en maderas; ella, la esposa obediente que cumplía sus obligaciones con Dios y con su esposo.

Un día, él regresó temprano a casa. Su rostro estaba radiante, no arrugado por las preocupaciones e inquietudes de siempre. Sus ojos brillaban de placer. El corazón de Miriamu dio un leve vuelco. ¿Era esto posible? ¿Había regresado el guerrero? Podía verlo intentando suprimir su excitación. Pero un instante después el corazón de Miriamu se desmoronó otra vez, él le anunció. Su suegro, Douglas Jones, lo había invitado, le había rogado que los visitara en Molo. Sacó la carta de golpe y empezó a leerla en voz alta. Después se arrodilló y alabó al Señor por su misericordia y su amorosa comprensión. Miriamu apenas pudo compartir el Amén. Señor, Señor, qué ha endurecido así mi corazón, rezaba, deseando con sinceridad ver la luz.

El día de la reunión se acercaba. A él le temblaban las rodillas. No podía ocultar su triunfo. Repasó su vida y vio en ella la guía del dedo de Dios. Él, el niño muerto de hambre, un simple ordeñador de vacas... pero no quería recordar al joven ridículo que usaba pantalones parchados y hacía payasadas en una bicicleta. ¿Podía ése haber sido él, el hazmerreír de toda la ciudad? Fue a Benbros y compró un Mercedes Benz 220S nuevo. Esto haría que la gente lo viera de forma diferente. El día en cuestión se puso un traje de lana peinada con chaleco y llevó una sombrilla cerrada. Convenció a Miriamu de ponerse un vestido apropiado que compró en los Almacenes Nairobi en Government Road. A su propia madre la convirtió sorpresivamente en una dama que usaba zapatos y vestido de fiesta. Sus dos hijos, con sus uniformes escolares, no hablaban más que inglés. (Fingían tener dificultades para hablar kikuyu y cometían muchos errores.) Una linda familia. Se fueron mane-

jando a Molo. El viejo los recibió. Había envejecido y cabello plateado le cubría la cabeza, aunque su cuerpo seguía siendo fuerte. Jones cayó de rodillas; Livingstone cayó de rodillas. Orazon y luego se abrazaron, llorando. Nuestro hijo, nuestro hijo. Y mis nietos también. Ahogaron el pasado en lágrimas y oraciones. Pero para Miriamu, el pasado permanecía vivo en su mente.

Después de las primeras muestras de júbilo, Livingstone se dio cuenta de que los recuerdos de esa entrevista todavía le dolían. No era que estuviera enojado con Jones, pues el viejo había tenido razón, por supuesto. No podía imaginarse él mismo dando la mano de su hija a semejante pelagatos advenedizo. Aun así, quería borrar para siempre esa entrevista de la memoria. Y de repente —y de nuevo vio en esa revelación la mano de Dios— supo la respuesta. Tembló un poco. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Tuvo una larga conversación a solas con su suegro y le hizo la propuesta. Una boda en la cruz. Una renovación de la vieja propuesta. Douglas Jones consintió de inmediato. Su hijo se había convertido en un verdadero creyente. Pero Miriamu no podía encontrarle sentido al plan. Estaba envejeciendo. Y el Señor la había bendecido con dos hijos. ¿Qué pecado había en eso? Una vez más, todos se le echaron encima. Una boda verdadera en la cruz de Jesús haría sus vidas completas. Su resistencia se dobló. Todos alabaron al Señor. Dios trabajaba de forma misteriosa para obrar milagros.

Las pocas semanas antes del memorable día fueron las más felices en la vida de Livingstone. Saboreó cada segundo. Incluso las inquietudes y dificultades le daban placer. Que llegara ya ese día, una boda en la cruz. Una boda en la cruz, la cruz donde había encontrado al Señor. Se sintió joven de nuevo. Rebosaba salud y un sentido de bienestar. El día en que intercambiara los anillos en la cruz borraría los recuerdos inquietantes del ayer. Mandó imprimir las tarjetas y las envió

de inmediato. Rentó carros y autobuses. Arrastró a Miriamu a Nairobi. Fueron de tienda en tienda por toda la ciudad: por la avenida Kenyatta, por las calles Muidi Bingo y Bazar, por Government Road, por la calle Kimathi y de nuevo la avenida Kenyatta. Finalmente le compró un vestido de raso, blanco como la nieve y de mangas largas, un velo, guantes blancos, medias y zapatos blancos, y, por supuesto, rosas de plástico. Consultó el libro del reverendo Clive Schomberg sobre buenos modales para africanos —todavía un clásico moderno— y casi no se apartó de las reglas e instrucciones de la sección matrimonial. Dodge W. Livingstone Jr. no quería cometer ninguna equivocación.

Miriamu no envió ni repartió ninguna invitación. Rezaba a diario para que Dios le diera fuerzas para sobrellevar todo el asunto. Deseaba que llegara ya el día y que se evaporara como en un sueño. Una semana antes del día, fue llevada en carro hasta la casa de sus padres. Era madre de dos hijos; ya no era la jovencita que una vez se había fugado; simplemente se sentía ridícula fingiendo ser una muchacha virgen en casa de su padre. Pero se sometió casi como si la controlara una fuerza más poderosa que cualquier ser humano. Quizá estaba equivocada, pensó. Quizá todos los demás tenían razón. ¿Por qué arruinar entonces la felicidad de tantos? Inclusive la iglesia estaba muy contenta. Él, el maderero exitoso, sería un buen ejemplo para los demás. Y muchas mujeres habían llegado a felicitarla por la suerte de tener un marido así. Querían compartir su felicidad. Algunas lloraron.

El día esperado estaba radiante. Miriamu podía ver algunos de los sembradíos que se extendían en Molo: el paisaje le trajo dolorosos recuerdos de su infancia. Trató de mostrarse animada, pero los intentos por sonreír sólo le producían lágrimas. ¿Qué de los años de espera? ¿Qué de los años de esperanza? Su padre, con el rostro arrugado, era un espectáculo digno de verse: portaba un frac oscuro con chaleco,

sombrero de copa y todo. Ella desvió la cabeza avergonzada. Rezó para tener más fuerzas: apenas reconocía a la gente conforme era conducida hacia el pasillo sagrado. Ni siquiera a sus compañeros, miembros de *La religión de las penas*, quienes esperaban en grupo afuera entre la multitud.

Pero para Livingstone éste era el momento supremo. Más dulce que la venganza. Toda su vida había trabajado como esclavo para esta hora. Ahora había llegado. Se había vestido especialmente para la ocasión: chaqué oscuro, sombrero de copa y una rebotante sonrisa dirigida a cualquier dignatario que reconociera por casualidad, sobre todo miembros del parlamento, sacerdotes y hombres de negocios. La iglesia, Livingstone tuvo tiempo de observar, estaba llena de gente muy importante. La gente no tan importante y los trabajadores se sentaron afuera. Los miembros de *La religión de las penas* llevaban ropa color vino y traían sus guitarras, tambores y panderetas. El novio, al pasar, les dirigió una mirada más bien dura. Pero sólo por un segundo. En verdad estaba feliz.

Miriamu estaba ahora junto a la cruz: su cabeza escondida en el velo blanco. Su corazón palpitaba con fuerza. Vio en su mente una abuela que pretendía ser novia con un séquito de damas añosas. La Farsa. La Farsa. Y pensó: había diez vírgenes cuando llegó el novio. Y cinco eran sabias y cinco eran tontas... Señor, Señor que este cáliz termine pronto, para mí, y antes de convertirme en esclava... y el sacerdote decía: "Dodge W. Livingstone Jr., ¿aceptas a esta mujer por esposa en la salud y la enfermedad hasta que la muerte los separe?" La respuesta de Livingstone fue un sí claro y fuerte. Ahora le tocaba a ella... Señor, que este cáliz... este cáliz... para mííí... "¿Y tú Miriamu aceptas a este hombre como esposo...?" Intentó contestar. La saliva le bloqueó la garganta... cinco vírgenes... cinco vírgenes... llegó el novio... el novio... y la iglesia guardaba ahora silencio, en temerosa expectativa.

De pronto, fuera de la iglesia se rompió el silencio. La gente volteó hacia la puerta. Pero los seguidores de *La religión de las penas* parecían no percatarse de la consternación en el rostro de los demás. Quizá pensaron que había acabado la ceremonia. Quizá fueron poseídos por el espíritu. Tocaban los tambores, tocaban las panderetas, rasgaban las guitarras al unísono, animadamente. Los mayordomos de la iglesia salieron a callarlos, ssh, ssh, la ceremonia aún no terminaba... pero los otros apenas escucharon. Sus voces y sus rostros se dirigían al cielo, sus pies estremecían la tierra.

Por primera vez Miriamu levantó la cabeza. Recordó vagamente que ni siquiera había invitado a sus amigos. ¿Cómo habían llegado a Molo? Sintió un arrebató de culpa. Pero sólo por un instante. No importaba. No ahora. La visión había regresado... En la cruz, en la cruz donde encontré al Señor... vio a Wariuki frente a ella como acostumbraba estar en Molo. Conducía una bicicleta: hacía malabarismos ante una multitud de adoradores respetuosos... En la cruz, en la cruz donde encontré al Señor... lo hacía para ella... él la había elegido a ella de entre la muchedumbre emocionada... de eso estaba segura... llegó el baile y ella se sintió incluso más segura del amor de él... Él lo hacía todo por ella. Señor, he sido amada una vez... una vez... he sido amada, Señor... Y esos momentos en el bosque de Ilmorog formaban parte de ella: qué gemidos, oh, Señor, qué gemidos... y los tambores y las panderetas ahora gemían en su corazón danzante. Era verdaderamente Miriamu. Se sentía tan poderosa y fuerte que levantó la cabeza con más orgullo... y el sacerdote casi gritaba: “¿Y tú Miriamu...?” La multitud esperaba. Ella miró a Livingstone, miró a su padre, y no pudo encontrar ninguna diferencia entre los dos. Su voz salió en un fuerte susurro: “No”.

Una corriente atravesó toda la iglesia. ¿Habían escuchado la respuesta correcta? Y el sacerdote estaba casi histérico: “¿Y

tú, Miriamu...?” De nuevo el silencio se apagó aún más por los cantos del exterior. Ella se levantó el velo y recorrió al público con la mirada. “No, no puedo... no puedo casarme con Livingstone... porque... porque... he estado casada antes. Estoy casada con... con... Wariuki... y él está muerto”.

Livingstone se transformó verdaderamente en una piedra. Su padre lloró. Su madre lloró. Todos pensaron que había enloquecido. Y le echaron la culpa de todo a esas iglesias disidentes que en realidad veneraban al demonio. Sin sacerdotes preparados correctamente, etc... etc... Y los hombres y las mujeres afuera de la iglesia siguieron cantando y bailando al ritmo de los tambores y las panderetas, sus rostros y sus voces alzándose al cielo.